



Pepper



En honor a la verdad, casi no sale humo del horno cuando suena la alarma.

–Eh... ¿se está incendiando el apartamento?

Bajo la pantalla de la computadora, cuya mitad está ocupada por la cara de mi hermana mayor Paige, ahora con el ceño fruncido, quien me llamó por Skype desde la Universidad de Pensilvania. La otra mitad está ocupada por el ensayo sobre *Grandes esperanzas* que he escrito y reescrito tantas veces que creo que Charles Dickens estará revolcándose en la tumba.

–No –murmuro mientras atravieso la cocina para apagar el horno–, solo mi vida.

Abro el horno y sale otra humareda, que revela un Pastel Monstruo terriblemente ennegrecido.

–Mierda.

Tomo la escalera de mano de la despensa para apagar la alarma contra incendios y abro todas las ventanas de nuestro apartamento en el piso veintiséis, desde donde veo el Upper East Side de Nueva York extenderse bajo mis pies: todos los edificios imponentes con sus luces brillantes encendidas, incluso mucho después de la hora en la que cualquier persona en su sano juicio se iría a dormir. Me quedo mirando por un momento, de alguna manera todavía no me he acostumbrado a la impresionante vista a pesar de que llevamos aquí casi cuatro años.

–¿Pepper?

Cierto. Paige. Levanto la pantalla de la computadora.

–Todo bajo control –digo, mostrándole un pulgar hacia arriba.

Ella levanta una ceja incrédula y luego hace la mímica de correrse el flequillo. La imito y termino desparramándome Pastel Monstruo por toda la frente mientras Paige hace una mueca de dolor.

–Bueno, si terminas llamando a los bomberos, ponme sobre la superficie más alta, así puedo ver entrar a los musculosos. –Sus ojos se alejan de la pantalla, sin duda para mirar la publicación inconclusa del blog de repostería que llevamos juntas–. Supongo que hoy no vamos a tomar ninguna foto para la entrada, ¿no?

–Tengo otros tres pasteles ya hechos que puedo fotografiar cuando les ponga el glaseado. Te enviaré esas fotos más tarde.

–Cielos. ¿Cuántos pasteles monstruo has hecho? ¿Ya volvió mamá de su viaje?

No quiero verla a los ojos, así que dirijo la mirada hacia la cocina, donde las sartenes están acomodadas en una fila. Paige apenas pregunta por mamá estos días, así que siento que debo tener mucho cuidado con lo que diga a continuación; más cuidado que con, por ejemplo, el estado de distracción académica que me dejó al borde de un incendio.





–Debería volver en dos días. –Y luego, como parece que no puedo evitarlo, agrego–: Podrías venir, si quieres. No tenemos mucho que hacer este fin de semana.

–Paso –responde Paige arrugando la nariz.

Me muerdo el interior de la mejilla. Paige es tan testaruda que cualquier cosa que diga para intentar salvar la distancia entre ella y mamá suele empeorar las cosas.

–Pero podrías venir tú a Pen a visitarme –me ofrece alegremente.

La idea sería tentadora si no tuviera que hacer el ensayo de *Grandes esperanzas* y un montón de otras grandes esperanzas con las que lidiar: un examen de Estadística Avanzada y un proyecto de Biología Avanzada de preparación para la universidad, los preparativos para el club de debate y mi primer día oficial como capitana del equipo de natación femenino, entre otras cosas, y eso es solo la punta de mi iceberg metafórico y sumamente estresante.

La cara que pongo debe decirlo todo, porque Paige levanta las manos en señal de rendición.

–Lo siento –digo por reflejo.

–Primero, deja de pedir perdón –dice Paige, que ahora está metida hasta el cuello en una clase de teoría feminista a la que abraza con un entusiasmo agresivo–. Y segundo, ¿qué te está pasando?

–¿Qué me está pasando? –pregunto, abanicando los últimos restos de humo para sacarlos por la ventana.

–Toda esta... onda rara... de Barbie estudiosa que tienes –me dice, señalando la pantalla.

–Me preocupan mis calificaciones.

–En casa no te preocupaban –señala Paige con un resoplido.

Por “casa”, se refiere a Nashville, donde nos criamos.

—Aquí es diferente. —No es que ella sepa cómo es, teniendo en cuenta que nunca tuvo que ir a la Academia Stone Hall, una escuela privada tan elitista y competitiva que incluso Blair Waldorf ardería en llamas a los dos minutos de cruzar el umbral. El año en que mamá nos mudó aquí, Paige estaba por terminar la secundaria e insistió en ir a una escuela pública; además, ya tenía calificaciones de su escuela anterior que le servían para impulsar sus solicitudes universitarias—. La escala de calificaciones es más exigente. El ingreso a la universidad es más competitivo.

—Pero tú no eres competitiva.

Ja. Tal vez yo no era así antes de que ella me dejara para irse a Filadelfia. Ahora mis compañeros me conocen como la Terminator. O la santita, o la “siempre lista”, o cualquier apodo con el que haya decidido agraciarme esa semana Jack Campbell, el infame payaso de la clase y la espina que tengo clavada.

—Además, ¿no enviaste ya una solicitud anticipada a Columbia? ¿Crees que les va a importar una mísera B menos?

No es que quizás no les importe, no tengo dudas de que sí les va a importar. Escuché a unas chicas en el aula hablar de un chico de otra escuela que está a una calle de la nuestra. Dijeron que le anularon la aceptación a Columbia porque le dio un ataque de desmotivación a punto de terminar la secundaria y bajaron sus calificaciones. Pero antes de poder justificar mi paranoia por este rumor sin fundamento, se abre la puerta de entrada, seguida por el *clic clic clic* de los tacones de mi madre que golpean contra el suelo de madera del apartamento.

—Adiós —dice Paige.

Corta la llamada antes de que yo vuelva a mirar la pantalla.

Suspiro y cierro la computadora justo antes de que mi madre entre en la cocina, engalanada con su habitual atuendo de aeropuerto: unos jeans





negros ajustados, un suéter de cachemira y unas enormes gafas de sol negras que, a decir verdad, le quedan ridículas dada la hora que es. Se las quita y las posa sobre el pelo rubio perfectamente peinado para inspeccionarme a mí y al huracán que alguna vez fue su cocina impecable.

–Has vuelto antes.

–Y se supone que tú deberías estar en la cama.

Da unos pasos y me abraza; yo la aprieto un poco más de lo que debería apretarla una persona cubierta de pastel. Solo han pasado unos días, pero me siento sola cuando ella no está. Todavía no me he acostumbrado a que haya tanto silencio, sin Paige ni mi padre.

Ella me sujeta e inspira con ganas, sin duda inhalando una bocanada de pastel quemado, pero cuando se aparta, levanta la misma ceja que Paige y no dice nada.

–Tengo que terminar un ensayo.

Mi madre mira los pasteles.

–Parece que la lectura te tiene fascinada –dice con ironía–. ¿Es el de *Grandes esperanzas*?

–El mismo.

–¿No lo terminaste hace una semana?

Tiene razón. Supongo que, llegada la hora de la verdad, puedo tomar uno de los borradores anteriores y presentar eso. Pero el problema es que la hora de la verdad en la Academia Stone Hall es más bien la hora de la mutilación y la destrucción. Estoy compitiendo para entrar a una de las mejores universidades del país contra herederos que quizás desciendan de la mascota original de la Universidad Yale. No basta con ser buena, ni siquiera genial: tienes que aplastar a los demás; si no, te aplastan a ti.

Bueno, al menos en sentido metafórico. Y hablando de metáforas, por alguna razón, a pesar de haber leído el libro dos veces y haberlo anotado

a más no poder, me está costando interpretar cualquier metáfora de una manera que no haga dormir al profesor de Literatura Avanzada. Cada vez que intento escribir algo coherente, solo puedo pensar en el entrenamiento de natación de mañana. Es mi primer día como capitana en funciones y sé que Pooja estuvo preparándose durante el verano, así que ahora podría ser más rápida que yo, tener ventaja a la hora de socavar mi autoridad y hacerme quedar como una idiota delante de todos y...

—¿Quieres quedarte en casa y no ir a la escuela mañana?

Me quedo mirando a mi madre como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Eso es lo último que necesito. Incluso faltar una hora les daría ventaja a todos los demás.

—No. No, estoy bien. —Me siento en la encimera—. ¿Terminaste con tus reuniones?

Mi madre está tan empeñada en lanzar Big League Burger a nivel internacional que es prácticamente lo único de lo que habla estos días: reuniones con inversores en París, en Londres, incluso en Roma, para tratar de decidir a qué ciudad europea llevará la franquicia primero.

—No del todo. Tendré que volver a viajar. Pero en la empresa están todos alterados por los lanzamientos del nuevo menú de mañana, y no me parecía bien estar fuera en medio de eso. —Sonríe—. Además, extrañaba a mi Mini-yo.

Resoplo, pero solo porque, entre su ropa de diseñador y mi pijama arrugado, ahora mismo parezco cualquier cosa menos eso.

—Hablando de los lanzamientos del menú —señala—, Taffy dice que no le has respondido los mensajes.

Trato de evitar que se note la punzada de fastidio en mi cara.

—Sí, bueno. Le di ideas de tweets para programar hace semanas ya. Y he tenido mucha tarea.





–Sé que estás ocupada. Pero es que eso se te da muy bien. –Me pone el dedo en la nariz de la misma manera que lo ha hecho desde que era pequeña, cuando ella y mi padre solían reírse de cómo me quedaba un poco bizca mirándolo–. Y sabes lo importante que es esto para la familia.

“Para la familia”. Sé que no es su intención, pero me molesta, teniendo en cuenta cómo empezamos y cómo estamos ahora.

–Ah, sí. Seguro que a papá le quitan el sueño nuestros tweets.

Mi madre pone los ojos en blanco de esa forma cariñosa y exasperada que reserva únicamente para mi padre. Si bien han cambiado muchas cosas desde que se divorciaron hace unos años, todavía se quieren, aunque no estén tan “enamorados”, como dice mi madre.

El resto, sin embargo, ha sido como un latigazo. Mi mamá y mi papá fundaron Big League Burger en Nashville hace diez años, como una tienda familiar. En esa época, solo había batidos y hamburguesas y apenas conseguíamos pagar la renta cada mes para mantener la tienda en pie. Nadie esperaba que tuviera tanto éxito ni que Big League Burger se convirtiera en la cuarta franquicia de comida rápida más importante del país.

Supongo que tampoco yo esperaba que mis padres se divorciaran de forma amistosa y casi alegre, que Paige se alejara por completo de mamá por haber sido ella la que pidió el divorcio, ni que mi madre pasara de ser una vaquera descalza a una magnate de la comida rápida y nos mudara al Upper East Side de Manhattan.

Ahora que Paige va a la universidad en Pensilvania, que mi padre todavía vive en el apartamento de Nashville y que los dedos de mi madre están casi pegados quirúrgicamente a su iPhone, la palabra “familia” suena un poco exagerada en esa campaña suya para hacer sentir culpa a su hija adolescente.

–Explicame otra vez ese concepto tuyo –pregunta mi madre.

Contengo un suspiro y respondo:

–Como primero vamos a lanzar los sándwiches tostados de queso, estamos “tostando” a la gente en Twitter. Cualquiera que desee ser “tostado” puede tomarse una selfie, twittearla y nosotros le twittearemos algo atrevido al respecto.

Podría entrar en detalles y sacar los modelos que hicimos de las posibles respuestas a los tweets, recordarle el hashtag #MeTostóBLB que vamos a crear, los juegos de palabras que se nos han ocurrido basados en los ingredientes de los tres nuevos sándwiches tostados de queso, pero estoy agotada.

Mi madre silba por lo bajo.

–Me encanta, pero no hay dudas de que Taffy va a necesitar tu ayuda con eso.

–Sí –digo, haciendo una mueca.

Pobre Taffy. Es la veinteañera tímida que viste sacos tejidos y se encarga de las páginas de Twitter, Facebook e Instagram de Big League Burger. Mi madre la contrató apenas terminó la escuela cuando iniciamos la franquicia, pero después de expandirnos a nivel nacional, el equipo de marketing decidió que la presencia de Big League Burger en Twitter iba a seguir los pasos de KFC o Wendy's: con un tono sarcástico, irreverente, fresco. Todas cosas en las que Taffy, la pobre Chica Superpoderosa con demasiado trabajo, no tiene experiencia.

Ahí es donde entro yo. Aparentemente, en el vasto arsenal de talentos inútiles que no me van a ayudar a entrar en la universidad, se me da muy bien ser sarcástica en Twitter. Aunque, hoy en día, que se te dé bien el sarcasmo generalmente significa pegar una imagen de Big League Burger sobre el Crustáceo Cascarudo y una de Burger King sobre El Balde de Carnada, que fue justamente el primer tweet que hice, cuando Taffy se





fue de viaje a Disney World con su novio el año pasado y mi madre me pidió que colaborara. Al final lo retwittearon más veces que cualquier otra cosa que habíamos publicado. Desde entonces, mi madre me ha estado presionando para que ayude a Taffy.

Estoy a punto de recordarle que Taffy hace rato se merece un aumento de sueldo y tener subordinados de verdad para poder dormir en algún momento de este año, cuando mi madre me da la espalda y mira los pasteles.

–¿Pastel Monstruo?

–El mismísimo.

–Uf –dice, tomando un poco del pastel del que ya corté unas porciones–. Mejor esconde esto de mí. No me puedo contener.

Todavía me resulta extraño escuchar a mi madre decir cosas así. Si no hubiera sido una amante de la comida tan orgullosa, ella y mi padre no habrían abierto Big League Burger. A veces no parece que haya pasado tanto tiempo desde que yo estaba de pie en el porche del viejo apartamento de Nashville con Paige, mientras nuestro padre hacía números y enviaba correos electrónicos a los proveedores y mi madre hacía listas exhaustivas de combinaciones de batidos descabelladas, que después nos leía para darles el visto bueno.

Creo que no la he visto tomar más que unos sorbos de batido en media década; ahora está más metida en el lado de los negocios. Y mientras que yo me he inclinado por ese lado ayudando con los tweets y tratando de acomodarme a Nueva York, el cambio solo parece haber hecho que Paige se enojara aún más con ella. La mitad del tiempo pienso que ella solo está muy comprometida con nuestro blog de repostería porque es una especie de punto de fricción.

Pero pase lo que pase, hay una cosa por la que mi madre siempre ha

tenido debilidad: el Pastel Monstruo. Un peligroso invento de la infancia que nació el día en que Paige, mamá y yo decidimos poner a prueba los límites de nuestro horno de mala muerte con una combinación de pastel de confeti mezclado con masa de brownie, masa de galletas, Oreos, dulces de mantequilla de maní bañados en chocolate y bombones de caramelo. El resultado fue tan espantoso y delicioso a la vez que mi madre le hizo unos ojos saltones con glaseado, y así nació el Pastel Monstruo.

Ahora ella le da un mordisco y dice con un gemido:

–Ya, ya, aparta esto de mí.

Me suena el teléfono en el bolsillo. Lo saco y veo una notificación de la aplicación Weazel.

Lobo

Hola. Si estás leyendo esto, vete a la cama.

–¿Es Paige?

Me muerdo los labios para esconder mi sonrisa.

–No, es un amigo. –Bueno, más o menos. En realidad no sé su verdadero nombre. Pero mi madre no necesita saberlo.

Ella asiente con la cabeza, rascando algunos restos de pastel del fondo del molde con la uña del pulgar. Me preparo, porque este suele ser el momento en que me pregunta en qué anda Paige y, una vez más, tengo que hacer de intermediaria; pero en lugar de eso, la pregunta es:

–¿Conoces a un chico llamado Landon que va a tu escuela?

Si fuera de esas chicas tontas que dejan su diario tirado en la habitación, esto sería motivo suficiente para entrar en pánico absoluto. Pero no soy tan tonta como para hacer eso, incluso si mi mamá fuera de esas madres que husmean.





–Sí. Creo que los dos estamos en el equipo de natación. –Lo que en realidad quiere decir: “Sí, me enamoré de él con locura en el primer año, cuando me dejaste en una guarida de leones llena de niños ricos que se conocían desde que nacieron”.

Ese primer día fue todo lo incómodo que podía ser. Nunca había usado un uniforme de escuela, y me parecía que todo me picaba y nada me quedaba del todo bien. Mi pelo seguía siendo el mismo desastre encrepado y rebelde que había sido en el sexto año de la primaria. Todo el mundo ya estaba seguro en sus grupitos, y ninguno de esos grupitos parecía que fuera a incluir a alguien que tuviera seis pares de botas de vaquera y un póster de la cantante de country Kacey Musgraves colgado en el armario.

Casi me eché a llorar cuando llegué a la clase de Lengua y me di cuenta, horrorizada, de que habían asignado una lectura de verano y, para colmo, el primer día había un examen sorpresa. Estaba demasiado asustada para decirle algo a la profesora, pero Landon se inclinó desde su pupitre, bronceado por el verano y con una sonrisa amplia y tranquila, y dijo: “Oye, no te preocupes. Mi hermano mayor dice que ella solo toma estos exámenes para asustarnos; en realidad, no cuentan”.

Conseguí asentir con la cabeza. En algún momento, en la fracción de segundo que él tardó en volver a su pupitre y mirar su cuestionario, mi tonto cerebro de catorce años decidió que me había enamorado.

Es cierto que solo duró unos meses y que desde entonces he hablado con él unas seis veces. Pero hasta ahora he estado demasiado ocupada para que me guste alguien, así que él es prácticamente el único ejemplo que tengo.

–Bien, bien. Deberías conocerlo mejor. Invítalo a casa alguna vez.

Me quedo boquiabierta. Sé que ella fue a la secundaria en los noventa,

pero eso no es ninguna excusa para semejante falta de comprensión de cómo funciona la interacción social adolescente.

–Eh... ¿qué?

–Su padre está pensando en hacer una gran inversión para que Big League sea internacional –me dice–. Cualquier cosa que podamos hacer para que estén más a gusto...

Intento no retorcerme. A pesar de toda la poesía mediocre y la angustia pasajera al son de canciones de Taylor Swift que Landon inspiró hace unos años, en realidad no sé mucho sobre él, en especial porque ahora está muy ocupado con una pasantía de desarrollo de aplicaciones fuera del campus y apenas lo veo en los pasillos. Landon ha estado muy ocupado siendo Landon: guapo como nadie, amado por todos y probablemente fuera de mi alcance por ser una mera mortal.

–Sí, bueno. En realidad, no somos amigos ni nada, pero...

–Eres genial con la gente. Siempre lo has sido. –Mi madre se inclina hacia delante y me da un pellizco en la mejilla.

Tal vez era genial en mi escuela anterior. Tenía tantos amigos en Nashville que básicamente representaban la mitad de los ingresos de la primera tienda de Big League Burger, porque siempre iban allí después de la escuela. Pero nunca tuve que hacer nada para hacer esos amigos. Todos siempre estuvieron ahí, al igual que Paige. Crecimos juntos, conocíamos hasta el último detalle el uno del otro, y nuestra amistad no fue una decisión consciente, sino algo con lo que habíamos nacido.

Por supuesto, no supe eso hasta que nos mudamos a este nuevo ecosistema. Aquel primer día de clase, todos me miraban como si fuera una extraterrestre, y al lado de mis compañeros criados en Manhattan, a fuerza de Starbucks y tutoriales de maquillaje de YouTube, era como si lo fuera. Ese día llegué a casa, miré a mi madre y empecé a llorar.





Eso la impulsó a actuar más rápido que si hubiera llegado a casa literalmente en llamas: en una semana, yo ya tenía más productos de maquillaje de los que cabían en la encimera del baño, clases con una estilista sobre *brushing* y clases particulares individuales para ponerme al día con el plan de estudios de la élite. Mi madre nos había metido en este mundo nuevo y extraño, y estaba decidida a hacernos encajar.

Es raro que recuerde aquella miseria con cariño. Hoy en día, mi madre y yo estamos tan ocupadas que no podemos hacer más que esto: unos encuentros raros en la cocina después de medianoche, ambas con un pie en la puerta. Esta vez me adelanto.

—Me voy a la cama.

Mi madre asiente y dice:

—No te olvides de dejar el teléfono encendido mañana, para que Taffy pueda ubicarte.

—Cierto.

Quizás debería molestarme que ella piense que Twitter tiene prioridad sobre mi educación real, en especial teniendo en cuenta que me puso en una de las escuelas más competitivas del país; pero, en cierto modo, es lindo que me necesite para algo.

Ya en mi habitación, me recuesto sobre la pila de almohadas de la cama, esquivando la computadora a propósito y la montaña de trabajo que aún me espera, y abro la aplicación Weazel para escribir una respuesta.

Azulejo

Vaya, miren quién llegó. ¿No puedes dormir?

Por un momento pienso que Lobo no va a responder, pero, en efecto, la burbuja del chat se abre de nuevo. Se siente cierta emoción y aún más

cierto temor... el riesgo de usar la aplicación Weazel. Todo es anónimo, y supuestamente solo hay chicos de nuestra escuela. Se te asigna un nombre de usuario cuando te conectas por primera vez, siempre algún animal, y permaneces en el anonimato mientras estés en el “chat del pasillo”, que es el principal y está abierto a todo el mundo.

Pero si hablas con alguien de forma individual, en algún momento, nunca se sabe cuándo, la aplicación revela las identidades de ambos. *Paf*. Adiós al secreto.

Así que, básicamente, cuanto más hablo con Lobo, más probabilidades hay de que la aplicación nos delate. De hecho, teniendo en cuenta que algunas personas se revelan al azar después de una semana o incluso un día de empezar a hablar, es casi un milagro que hayamos pasado dos meses así.

Lobo

No. Estoy muy preocupado porque destrozaste la historia de Pip.

Quizá por eso, últimamente, hemos empezado a ponernos un poco más personales. Decimos cosas que no nos delatan del todo pero que tampoco son muy sutiles.

Azulejo

Se podría pensar que tengo ventaja. Eso de que Pip pasó de pobre a rico no está tan alejado de mi realidad.

Lobo

Sí. Empiezo a pensar que somos los únicos que no nacimos con dinero saliendo por los poros.





Aguanto la respiración, como si la aplicación fuera a revelarnos a ambos en ese instante. Quiero y no quiero. Es un poco lastimoso, pero todo el mundo es tan cerrado y competitivo que Lobo es lo más parecido a un amigo que he tenido desde que nos mudamos aquí. No quiero que nada cambie eso.

No es que tenga miedo de que él me defraude. Tengo miedo de defraudarlo yo a él.

Lobo

En fin, aprovéchalo todo lo que puedas. En especial porque esos imbéciles seguramente le pagaron a alguien mucho más inteligente para que les escriba el ensayo.

Azulejo

Odio que puedas tener razón.

Lobo

Oye. Solo faltan 8 meses para la graduación.

Me recuesto en la cama, cerrando los ojos. A veces parece que esos ocho meses son una eternidad.